

avía hace escuchar el grito que le acompañó en todas las lides de «viva Aguascalientes!» Pelea en Chapultepec y es vencido: caen prisioneros muchos soldados; y como si todo esto no bastara, los pocos valientes que permanecen en pié despues de tantas vicisitudes y desastres tantos, se confunden con el pueblo armado de México y combaten contra los *yankees* en las calles de la capital de la República los días 15, 16 y 17 de Setiembre, días de júbilo antes para la nación y ahora de funestísimos recuerdos..... Despues de estas últimas y desesperadas luchas, salvaron de aquel valiente batallón cuarenta y dos hombres, inclusive los jefes y oficiales.....

Se apodera el invasor de la capital y nuestros soldados no se someten al yugo extranjero. Algunos de esos héroes salen de México, sin recursos, sin contar con proteccion alguna, y llegan á Aguascalientes el 7 de Octubre de 1847, á las siete de la mañana, hora en que un terremoto alarmaba á los habitantes de aquella ciudad. Con mas violencia se repitió el temblor á las diez. Temblaria la tierra en presencia de estos intrépidos defensores de la pátria, como tembló ante Alejandro el grande, segun la Biblia?.....

Me abstendré de todo comentario, que apareceria débil y pálido, despues de la relacion de tantos y tan gloriosos hechos. Solo diré que al consignarlos en mi historia, un sentimiento de legítimo orgullo se apodera de mi corazón. Me envanezco al recordar que nací en un suelo cuyos árboles asombraron las cunas de los héroes que defendieron heroicamente la independencia de México, y glorificaron el nombre de Aguascalientes.

## CAPITULO XII.

### La revolucion y la derrota.

(1847—1849.)

*Aguascalientes se pronuncia por la guerra. — Costo. — El general Paredes. — Jarauta. — Asalto y toma de Lagos. — Pronunciamiento. — Marchan las tropas sobre Guanajuato. — Doblado. — Fusilamiento de Jarauta. — La derrota. — Muerte política del Estado. — Actitud del pueblo. — Triunfo de las masas. — Requena. — Terán. — Godefroy. — Regreso de Costo.*

**T**ERMINÓ el año de 1847 de la manera mas triste para el país y mas alarmante para el Estado. En el interior de éste el fervor religioso seguía manifestándose con las frecuentes funciones religiosas dentro

de los templos y las solemnes procesiones en las calles. Este celo, estos actos devotos daban mayor incremento al patriotismo que no se había debilitado ni con los reveses sufridos en el Valle de México y la toma de la capital de la República por los invasores. La prensa ayudaba á esto; mantenía vivo el sentimiento pátrio, aunque los periódicos y hojas sueltas no fueran un modelo de literatura, como no lo eran las proclamas que publicaban Rayon y otros. Cosío compró una imprenta para el gobierno, la que dirigía D. José María Chavez, honrado y laborioso artesano que en aquella época no tomaba aún parte activa en los asuntos públicos, ó á lo menos no figuraba en primera línea, y en ese establecimiento se imprimía cuanto podía levantar más el espíritu público y mantener vivo el entusiasmo.

Todavía entonces se tenía confianza en el gobierno del centro; se creía en la continuacion de la guerra en el interior, en el Sur, en todas partes, y en que si el invasor podía ocupar las poblaciones, no dominaría jamás en los caminos, en las montañas, en los puntos retirados del centro. Se recordaba la guerra que la España sostuvo contra Napoleon, y se decía que, teniendo nosotros una extension de territorio mucho mayor que la de aquella nacion, y por consiguiente mas elementos de resistencia, ésta seria tan heroica como la de 1808 y de mas seguro éxito. La guerra popular, la guerra de guerrillas, era lo que se pedía, lo que se deseaba. Mina y el 2 de Mayo: hé aquí los recuerdos de la época.

La traslacion del gobierno á Querétaro alimentaba estos deseos, parecia indicar que se iniciaría esa

clase de guerra, la popular, que hace un soldado de cada ciudadano y convierte á una nacion en un gran campamento. Nadie pensaba en la paz: Cosío no podia ser partidario de ella, no podia serlo el Estado, y así lo demostraba la actitud que asumían el pueblo, el gobernador, la guardia nacional. Este patriótico sentimiento se pronunció todavía más á la llegada á la capital del Estado de los pocos oficiales y soldados cuyo heroico valor habían respetado las balas y las bayonetas extranjeras. Cosío entonces se puso en contacto con el partido que en México y en los Estados clamaba por la continuacion de la guerra.

Aguascalientes, entre tanto, seguía sufriendo los amagos de las fuerzas de Zacatecas, amagos tanto mas ridículos cuanto que la aproximacion de ellas á nuestra capital era seguida de la retirada. Tan poco respeto inspiraban los soldados del Estado vecino, que en la plaza solo existían sobre las armas veinte ó treinta hombres, que centuplicaban en un momento las citas de los cabos, el "vienen los *tueros*" que se propagaba, y el toque de generala. El pueblo, unido en un mismo sentimiento, resuelto á no aceptar la tutela de Zacatecas, garantizaba al gobernador la posesion de la plaza. Este, como Enrique IV, vivía entre su pueblo, contaba con su adhesion decidida: para qué necesitaba una guarnicion numerosa? Un Ravillac hubiera matado al caudillo, pero no la idea, y el pueblo, regentado por Cosío ó por otro, hubiera defendido la independencia y soberanía del Estado, como sucedió despues.

La gran preocupacion del tiempo es la guerra, preocupacion que se convierte en odio contra los auto-

res del tratado de paz con los americanos. Este suceso modifica todo en el Estado, crea un orden de cosas nuevo, una situación peligrosa. Como es bien conocido el espíritu que anima á los hijos de Aguascalientes, afluyen allá jefes y oficiales descontentos, hombres políticos y de espada que fraguan un plan y combinan un movimiento dirigido por el partido *puro*, no siendo extraño á esto el bando monarquista. El retrógrado y honrado general D. Mariano Paredes y Arrillaga está allá con un gran séquito de generales, jefes y oficiales; allá se encuentra D. Celedonio Domeco de Jarauta, sacerdote católico español, que hizo en Veracruz una guerra obstinada á los invasores. Van y vienen correos, comisionados, agentes: todo está indicando una revolución próxima cuyo centro es Aguascalientes. El general D. Manuel Zavala, compañero del infortunado presidente Guerrero, que desde 1846 vive en aquella capital, querido y respetado por sus virtudes y por sus servicios, es extraño al movimiento que se prepara, no obstante que no quiere la ignominiosa paz que se ha pactado, pero teme que se haya inmiscuido el elemento monárquico en la revuelta.

Desde entonces la guardia nacional se pone sobre las armas con el pretexto ostensible de batir á los zacatecanos, pero realmente para rebelarse contra el gobierno general. Este comete un error que no tiene satisfactoria disculpa. Ordena que los jefes y oficiales del «batallón activo,» reorganicen el cuerpo, lo pongan en alta fuerza, bajo la denominación de «13<sup>o</sup> de línea» y proporciona los recursos necesarios. Pronto se presentan los sargentos, cabos y soldados al cuartel donde se

ha enarbolado una bandera y abierto un registro, y á los pocos días el batallón cuenta trescientas plazas.

No sé cómo el gobierno de México no vió en esto un peligro. No pudo ni imaginar siquiera que fuesen adictos á los autores de los tratados de Guadalupe Hidalgo los héroes de Monterey y la Angostura, de Padriana y Molino del Rey; no pudo ignorar que el Estado de Aguascalientes era hostil desde el año anterior á la administración cuyo congreso había borrado aquel nombre en el catálogo de las entidades federativas; no pudo dejar de ver que sosteníamos nuestras pretensiones con las armas en la mano, y que esta situación sería explotada por los partidarios de la continuación de la guerra. También debió saber que Paredes, Jarauta, Doblado y otros personajes, *puros* ó monarquistas, combinaban sus esfuerzos para combatir al poder que había pactado la venta de la mitad del territorio de la República.

Las mismas exigencias de la situación precipitaban los acontecimientos mas allá del punto á donde pudieron llegar la previsión y los cálculos políticos. Lo que parecía imposible—la unión de los *puros* y los monarquistas—fue un hecho, y se comenzó á obrar, no ya en el secreto del consejo revolucionario, sino á la luz del día, y con una audacia tal, que traducía fielmente el valer de los rebeldes. Desde luego el padre Jarauta se lanzó en busca de atrevidas aventuras.

Era éste un clérigo medianamente ilustrado, carlista en España, según se decía, y acérrimo enemigo de los americanos entre nosotros. Llegó á Aguascalientes precedido de fama, como guerrillero audaz, y se pro-

puso captarse las simpatías del pueblo. Saludaba cortesmente, haciendo ostentación de hablar á todos por sus nombres; se hacia ver en los templos, en las calles, en los paseos, en los toros, en los bailes, *gallos* y *fan-dangos*, y aceptó ó fingió aceptar con gusto las costumbres del país. No hablaba mas que de «los *tigres* de Aguascalientes,» «los primeros soldados de la República,» «los *leones* de Monterey y la Angostura,» de «la bellísima población,» de sus lindas mujeres, del talento de los hijos del Estado, del inimitable gobernador, etc. Decia frecuentemente: *No ambiciono mas que ayudar á libertar á México, ver grande á Aguascalientes, matar muchos yankees, y máteme Dios despues. Soy español de nacimiento, mexicano de corazon y amante de Aguascalientes con el alma y con la vida.* El pueblo le aplaudia, le rodeaba, le amaba.

Era Jarauta un hombre de poco mas de treinta y seis años, pero apareciendo mas jóven todavía. Alto, esbelto, de color blanco, de mirada audaz; nervioso, de movimientos rápidos y hablar precipitado. Brusco con unos, cortés con otros; amanerado por cálculo y adulator de las masas, procuraba imitar más los modales de éstas. Buen *ginete* como los del país, montaba briosos caballos, con su chaqueta de color, sus *chaparreras*, su sombrero de *jipi*, su mal anudada corbata, y llevando pistolas en la *silla*, en las bolsas del pantalon y al cinto. Todo esto agradaba al pueblo, y él lograba su objeto—hacerse popular.

Cosío y Paredes creyeron que todavía era posible engañar al gobierno de México y no quisieron que estallase la revolucion en Aguascalientes. Necesitaban

ganar tiempo para poner en alta fuerza el 13.º de línea, y aumentar el efectivo de guardia nacional. Cosío dió á Jarauta sesenta hombres de infantería y sesenta de caballería, de los que mandaba D. Nicolás Castañeda, y una noche salen aquellos con el mayor sigilo, rumbo á Lagos. «El padre» es jefe de esa pequeña fuerza, que tambien de noche llega á esta ciudad; deja á la tropa en los suburbios, y él, Castañeda y el sargento 1.º Rafael Barron, penetran á la plaza, diciendo que son arrieros cuyos *hatajos* llegarán en la madrugada del día siguiente.

Dentro de Lagos conciertan los tres que atacarán el cuartel que asechan con toda la fuerza, si no se abren las puertas; pero solos, si esto sucede, en cuyo caso asaltarán al centinela y dispararán un tiro, á cuya detonación se aproximará la tropa. Todo acontece como se desea: al relevar al centinela se abre la puerta y los tres se lanzan sobre ella; golpean al cabo y á dos soldados más, y disparan los fusiles. Se dirigen á la cuadra donde la tropa duerme, y cuando ésta quiere defenderse, ya está en la puerta del cuartel la fuerza de Jarauta. Aquella se rinde sin que se derrame mas sangre que la de un soldado herido. Dos días despues llega Jarauta á la capital de Aguascalientes, conduciendo varias cargas de armamento y parque y mas de cien prisioneros que se mandan al cuartel del 13.º de línea. El pueblo victorea á Jarauta y á «los niños de Atocha,» nombre con que se designaba á los soldados de Castañeda, y en la noche un gallo anuncia el regocijo público. El domingo siguiente se solemniza la pequeña ventaja obtenida, con un *Te Deum* en la parro-

quia, en donde se burla de Cosío, Paredes, etc., etc., el padre D. Francisco Ruiz de Esparza, á quien el primero castiga. (1)

Ya estaba en alta fuerza el 13.º de línea; el número de soldados de caballería había aumentado, y la infantería de guardia nacional estaba armada y equipada. Los directores de la revolución quieren que estalle ésta y Aguascalientes se pronuncia, poniéndose al frente del movimiento el general de division Paredes Arrillaga. Mandan los cuerpos D. Jesus Carrion, antiguo coronel del ejército, D. Dionisio Medina, D. Manuel A. Parrat, Goytia, etc., etc., y la oficialidad es escogida. Marchan estos cuerpos, el 13.º de línea y la caballería, en la que figuran los jefes Castañeda, Palos y otros, con direccion á Guanajuato. Cosío se quedó en Aguascalientes, amagado por fuerzas de Jalisco y Zacatecas, con cuarenta ó cincuenta hombres. Contaba con el pueblo y el pueblo no le abandonó.

(1) Se impuso á Esparza una multa de cuatrocientos pesos y fué conducido preso al salon del ayuntamiento por los oficiales Iriarte y D. Severo Palomino. Por influencias de algunas personas, Cosío consintió á los pocos dias en que fuese puesto en libertad Esparza, pero éste rehusó tal gracia, diciendo que no saldría hasta que el gobernador, á quien ya habia acusado, recibiera el merecido castigo. Esparza era un anciano bilioso, y sobre todo, como avaro tenia bien sentada su reputacion. Cosío no queria ser burlado nuevamente, pero no pensaba ultrajar al respetable viejo, y recurrió á un gracioso arbitrio. Hizo decir al preso que estuviera privado de su libertad cuanto quisiese, pero que le advertia que tendria que pagar veinte pesos diarios por renta del salon que ocupaba. El padre Esparza lo desocupó inmediatamente.

En el plan y proclama que se publicaron solemnemente, se decia lo que se dice en esta clase de documentos. Se desconocia al gobierno general "por haber traicionado á la nacion," se protestaba regenerar al país y darle "instituciones aceptables;" se ofrecia ascensos á los militares que secundasen el plan, y se conminaba con severos castigos á los que á él se opusiesen. Se proclamaba la erección *permanente* del Estado de Aguascalientes, y se dejaban escapar ciertas frases sobre *nivelación de fuerzas de los Estados*, en las que se veia claramente que al triunfo de la revolución seguiria el ensanche de límites territoriales de aquel. Sobre todo, se insistia en desconocer los tratados de paz y al gobierno que los habia celebrado, y se ofrecia al país continuar la guerra nacional contra los invasores.

Tomado Guanajuato, los elementos de este rico Estado y la actividad y energía que desplegó D. Manuel Doblado, dan una gran importancia al movimiento. El gobierno general lo comprende y encarga á los generales Bustamante, Miñon y otros la sumision de los sublevados. Pronto éstos, á la cabeza de un brillante cuerpo de ejército, están frente á Guanajuato, donde los pronunciados resisten.

Sorprende ver cómo un general tan experimentado como Paredes elige para defenderse una plaza insostenible como la de Guanajuato. Se obró así, y pronto se recogieron los amargos frutos de ese error militar. Iniciado el combate que los dos ejércitos sostuvieron heroicamente durante algunos dias del mes de Julio de este año, (1848) se nota que son los débiles los pronunciados, que éstos tendrán que sucumbir; pero

alientan la resistencia las esperanzas que se tienen de que otros Estados secunden el movimiento, y que se insurreccione la Sierra Gorda. Contábase con defecciones en el ejército contrario y con refuerzos de Xichu, y esto no tenía lugar.

Honra á Paredes y á los suyos la resistencia que opusieron á un ejército superior en número y en armamento, que contaba con excelente artillería y con el auxilio que le prestaba el terreno montañoso. Además, Paredes no podía cubrir la línea que ocupaba, la que poco á poco iba estrechando Bustamante. El atrevido Jarauta *guerrilleaba*, y en uno de los frecuentes combates que sostuvo, y cuando había puesto una emboscada al enemigo, quedó cortado. Entónces su audacia le inspira un pensamiento que ejecuta: se finje ayudante del general enemigo y dice al jefe que manda una fuerza contraria, que aquel ordena que se poseione de un punto que señala. (Antes de llegar al lugar indicado estaba la fuerza emboscada.) Ya el jefe disponía la marcha, conforme á las indicaciones de Jarauta, cuando éste fué reconocido y delatado por un sargento que, á sus órdenes y á las de D. Juan Clímaco Rebolledo, había combatido á los americanos en Veracruz. El audaz clérigo es aprehendido y Bustamante le manda fusilar. (18 de Julio.) Este hecho desmoraliza á los defensores de la plaza; aquel general se aprovecha de la desmoralización, y un esfuerzo le basta para obtener la mas completa victoria.

En Aguascalientes se esperaban con ansiedad noticias del campo de la guerra; creía el Estado en su entusiasmo que el triunfo de sus armas era negocio de

unos cuantos días, que se trataba de una marcha triunfal hasta México, cuando la tarde del 20 comenzaron á circular las nuevas mas desagradables. A las siete de la noche D. Nicolas Castañeda dió á Cosío todos los pormenores de la derrota que ni él ni el pueblo creían; pero otros oficiales dispersos confirmaron cuanto aquel decia y la consternacion fué general. Se pensó en levantar mas fuerzas, pero ya no habia elementos; los agotó la revolucion vencida, y Aguascalientes estaba amagado por todas partes. Zacatecas recobró la moral perdida, y el gobierno de la Union hizo marchar de Jalisco un batallón á las órdenes del general D. Manuel Arteaga. Al aproximarse éste se evacuó la plaza; huyeron ó se ocultaron los que habian tomado parte en la revolucion, y el Estado desapareció. Arteaga, hijo de él, iba á someterlo con la fuerza! El pueblo estaba desmoralizado, no tenia caudillo y nada podía hacer sino manifestar su desagrado. Aquel jefe tuvo el disgusto de oír que se le silbaba al entrar á la ciudad. Tambien llegó á ésta una fuerza de Zacatecas.

Comenzaba una nueva época para Aguascalientes, que descendia de la categoría de Estado á la de partido zacatecano, y era necesario organizarlo como tal. Pero esto no era posible; no habia quien quisiera encargarse de la jefatura política, oficinas de rentas, etc. Por patriotismo unos y otros por temor á las iras populares, nadie se prestaba á desempeñar puestos públicos: no existian las autoridades; la acefalía era completa. Obedeciendo órdenes superiores, Arteaga abandonó la plaza y solo quedó en ella la fuerza de Zacatecas, lo que despertó en las masas el odio contra és-

ta. Comienzan los gritos amenazadores; fórmanse grandes grupos de ciudadanos, eligiendo por jefe cada uno de ellos á quien cree mas audaz, y los zacatecanos se encierran en sus cuarteles. El entusiasmo popular crece; aumentan prodigiosamente las agrupaciones, se propaga el movimiento, y aquellos soldados, que no tienen artillería, abandonan la plaza.

Queda el pueblo dueño de la situación, pero sin caudillo, sin autoridades. El comercio se encarga de armar una pequeña guardia que cuida la cárcel, y hace el cobro de las alcabalas para subvenir á los gastos mas precisos, como alimento de presos y de asilados en el hospicio, de alumbrado, etc. Esa fuerza debió evitar los desórdenes y ¡cosa rara en otros pueblos, no en Aguascalientes donde la moral y las buenas costumbres nada sufrian con el levantamiento popular! En todo el tiempo que permanecieron exacerbados los ánimos y sublevadas las masas, no hubo un homicidio, ni un robo, ni un hurto, ni delito alguno se perpetró que pudiese deshonorar aquel soberano impulso hácia la libertad!

Pero pasaba el tiempo y Zacatecas no podía, sin afrontar el ridículo, permanecer indiferente á su derrota y á su vergüenza. Despues de muchos amagos á la plaza de Aguascalientes, despues de muchas marchas y contramarchas, toma posesion de aquella una seccion de tropas de las tres armas que manda el jefe Rivas. Este está relacionado con los que en Rincon de Romos manifiestan simpatías por Zacatecas y le alienta D. Luis Cosío, que continúa desempeñando la tarea ingrata de hacer la propaganda de sus gratuitos ódios contra su Estado y contra su hermano.

No bien esa fuerza penetra á la plaza cuando el pueblo se subleva: aquella es dueña de los cuarteles solamente; las calles de Tacuba, de la Merced, del Relox, de San Diego, están invadidas por la multitud armada de piedras, de palos, de puñales. El coraje popular estalla; los grupos se lanzan sobre los piquetes de soldados que salen de la plaza; se traban combates desventajosos, casi á la puerta de los cuarteles, y los cañones enemigos están preparados á despedir la mortífera metralla. Por todas partes tumultos, por donde quiera víctimas, y la tropa retrocede. Las mujeres no son extrañas á este movimiento: pocas toman parte activa en él, pero las vendedoras de efectos de primera necesidad rehusan venderlos á los invasores. La resistencia es general; todo un pueblo es hostil.

Llega la noche y la exaltacion de los ánimos no conoce límites: se multiplican los ataques de los soldados á los paisanos y viceversa. El grupo mas numeroso de éstos está en el parian; el grueso de la tropa en la plaza. Infeliz el soldado que se atreve á separarse de sus filas! Quieren algunos oficiales disparar los cañones y Rivas se opone. Los particulares, que temen un saqueo, son tranquilizados por las masas, y las casas de comercio permanecen abiertas. Como en el día, no se comete en la noche ningun atentado que pudieron favorecer los tumultos y las sombras. La mejor garantía de la seguridad es la moralidad del pueblo. Así es el verdadero valor; así procede el verdadero patriotismo. (1)

(1) El sargento Guerrero y algunos de sus compañeros, Juan

Son las once: desde una hora antes se salen las tropas de los cuarteles. El pueblo se retira resuelto á continuar la lucha el día siguiente. Rivas dispone evacuar la plaza, lo que hace dos horas despues con el mayor sigilo, cubriendo con *saleas* las ruedas de las cureñas y llevándose á los serenos hasta las garitas, para que á nadie comuniquen el movimiento. El invasor huye; el comercio vuelve á poner su guardia, y amanece todo tranquilo,

Conociendo estos sucesos el gobierno general comprende que debe intervenir en la contienda. Un periódico ministerial de México reseña y lamenta los sucesos, y dice que el poder del centro no se opone á que Aguascalientes figure como Estado, pero que debe emplear los recursos legales para llegar al fin; y tras esta declaracion que entraña una esperanza consoladora, aparece en aquella ciudad el general D. Tomás Requena, sin armas, sin soldados.

Requena, que habia peleado en Palo Alto y la Resaca dos años antes, pudo conocer en el Norte á los bravos hijos de Aguascalientes y tenia por ellos profundas simpatías. Por otra parte, era ese jefe cortés, de carácter dulce y afable y cumplió su mision pacificadora. Hizo divulgar la especie de que no perseguiria á los que estaban fuera del Estado ó permanecian ocultos por haber tomado parte en la revolucion; ofreció que solo Costo seria juzgado en México y que nada sufriria, como nada habia sufrido Paredes, y prometió dar

Flores y otros, y hasta dos mujeres del pueblo, capitaneaban los grupos armados.

garantías á todos. De esta manera devolvió la tranquilidad á los ánimos y la paz á Aguascalientes.

Pero quedaba en pié una dificultad y Requena la salvó. Se temia la vuelta de las tropas zacatecanas y esto no lo consentia el pueblo. Además, veía el general, por los informes que habia recibido, que con la presion de las armas era imposible que hubiese personas que aceptasen un cargo público. Propuso entónces Requena que lograria que Aguascalientes no fuera invadido por los zacatecanos, si se daba sus autoridades y nos resolviamos á pertenecer *de derecho* á Zacatecas, sin perjuicio de que se agitase la ereccion del Estado ante los poderes de la Union. Bajo estas bases, la administracion se organizó, y fué jefe político en los primeros dias del año de 1849 el Lic. D. Jesus Terán.

La administracion de Terán fué moralizada, ilustrada, benéfica. Favoreció la instruccion primaria; se dedicó á mejorar tanto los recursos como el método de enseñanza en el colegio, eligiendo los mejores libros de texto y los mas aptos catedráticos. Amaba Terán las ciencias; queria que «á esa turba de abogados y clérigos sustituyesen hombres de ciencia, de trabajo, de instruccion.» Por lo mismo, dispuso que no fuese obligatorio el aprendizaje del idioma latino, y estableció cátedras de matemáticas, de francés, de literatuta, etc. El mismo enseñaba cronología, geografía, historia y filosofía de la historia. Tenia un grande afecto por los artesanos y abrió tambien para ellos la Academia de dibujo que habia mejorado, y tambien para ellos estableció una cátedra nocturna de geometría y mecánica, aplicadas á las artes. Esta cátedra la daba un francés,

un hombre á quien debe mucho la instruccion en Aguascalientes, ilustrado, sábio verdaderamente y entusiasta por los adelantos de la juventud—D. Carlos Godofroy. Ambos impulsaron la literatura dando lecciones á los amantes de ella, explicando los mejores autores, haciendo escoger los mas acabados modelos. Realmente hasta entonces nació en Aguascalientes la literatura, debido á los generosos esfuerzos de Terán y de Godofroy. Bajo la direccion de ambos se publicaba en el colegio el *Crepusculo*, periódico científico y literario donde hicimos nuestros primeros ensayos los que tuvimos la honra de recibir lecciones de tan distinguidos é inolvidables maestros.

Las cátedras de matemáticas dieron pronto los mas felices frutos. En ellas se distinguian discípulos como D. Jesus R. Macias, D. Jesus Alonso, hoy general, D. Jesus Perez Maldonado, ingeniero topógrafo. En la cátedra de francés se hicieron notables otros educandos como Martin W. Chavez.

En otros ramos de la administracion tambien hizo bienes el señor Terán. Favoreció el Hospicio de pobres, aumentando los talleres y mejorando los existentes; niveló y empedró muchas calles de los barrios de Triana, San Juan de Dios y Guadalupe, y realizó otras mejoras materiales. (1)

[1] Pues de mejoras hablo, justo es consignar que este año de 1849 terminó la reparacion del templo de la Merced y lo hermoseó el virtuoso sacerdote mercedario fray Manuel Jayme, á cuyos esfuerzos se debe esa mejora. En la misma época, el padre Castillo [clérigo y capellan de las monjas] comenzó á construir el hermoso templo de San Ignacio, cuya dedicacion tuvo lugar tres años

El partido progresaba; los ánimos estaban mas tranquilos; la paz era un hecho. Zacatecas—debo decirlo en obsequio de la verdad histórica—no pesó sobre Aguascalientes, no se vengó de sus derrotas. Si entónces no fué esta ciudad la mas mimada de aquel Estado, como lo habia sido antes de 1835, sí proveyó á sus necesidades, impulsó su engrandecimiento. Los gastos que erogaba el colegio eran religiosamente cubiertos, lo mismo que otros cuya aprobacion se solicitaba frecuentemente. Esto honra á Zacatecas, como honra tambien á Aguascalientes otro hecho que debo consignar porque él revela la cultura de sus hijos y la elevacion de sus sentimientos y justifica su hostilidad á su antigua capital. Nuestro ódio estallaba contra los zacatecanos armados, contra las tropas que se nos querian imponer, no contra los que por negocios, de paseo ó de tránsito iban á Aguascalientes.

En el trascurso de este año regresó á su país natal el señor Lic. D. Felide Cosío, quien fué recibido co-

despues. En esta última época comenzó á reconstruir los altares de la parroquia de la Asuncion el modesto cura D. Trinidad Romo. El obispado de Guadalajara dividió el curato, erigiendo en parroquias el templo del Encino en la capital y el de Jesus Maria en la poblacion del mismo nombre.

Habrá notado el lector que no he fijado, sino aproximadamente, la construccion del templo de la Merced, por carecer de un dato seguro; pero se puede afirmar que es mas antiguo que la parroquia. Villaseñor, en su *Teatro Americano*, publicado en 1746 y escrito ocho años antes, habla, al referirse á Aguascalientes, de los templos y conventos de la Merced y San Diego, diciendo que los frailes de aquel vivian de las limosnas que colectaban para la redencion de cautivos y los de éste eran franciscanos descalzos.

mo si hubiera sido vencedor. Todas las clases sociales estaban representadas en la multitud de personas que fueron á encontrarle y á felicitarle en coche, á caballo, á pié. Cosío recibió aquellas muestras del cariño popular, se enterneció con las manifestaciones del entusiasmo público. Despues, nuevo Cincinato, se retiró á trabajar á una pequeña finca de campo inmediata á la ciudad que tanto amaba. Allí le sorprendió la enfermedad que le abrió el sepulcro, cuando había triunfado la revolucion de Ayutla, cuando había sido nombrado nuevamente gobernador, cuando el Estado necesitaba más sus patrióticos y desinteresados servicios.

## CAPITULO XIII.

### Decadencia.

(1850—1852.)

Rodriguez.—*Las facciones.—Lucha innoble y obstinada.—Elecciones.—Prostitucion de la prensa.—Pérdida de las cosechas.—El cólera.—La exposicion.—Proyecto grandioso.*

LA HISTORIA demuestra que, como dice Salomon, *no hay cosa nueva debajo del sol*, que los sucesos de hoy son reproducciones de los que tuvieron lugar en los anteriores siglos. Tuvo Atenas su edad heroica, sus glorias de Maraton y Salamina, para ver despues que los anarquistas pusieron en manos de